



# VILLEY, BURKE Y EL ESPIRITU DE LA DOCTRINA DEL DERECHO NATURAL

---

*Bernardino Montejano*

## I. JUSTICIERO HOMENAJE

Al recibir la invitación de la Universidad de Navarra para participar en el homenaje a Villey, en primer lugar, nos apenó la mala noticia. Al abandonar el profesor francés su existencia terrena, concluirían sus aportes a la filosofía del derecho. Había muerto un auténtico estudioso, que año tras año, sin prisa y sin pausa, dotado de una sólida formación histórica, supo abrir caminos, separar muchas veces el trigo de la cizaña y enriquecer, para transmitirlo a nuevas generaciones, el legado recibido. Villey nunca se creyó un nuevo Adán, ni padeció el "complejo de Colón" y es un paradigma del buen depositario, que a partir de los talentos recibidos –la tradición y su inteligencia– los sabe hacer fructíferos; como en la parábola evangélica es el siervo bueno y fiel que recibe su premio del Juez eterno.

En segundo lugar, nos entusiasmó la idea de un gran homenaje colectivo, un acto no sólo de justicia, sino también de gratitud, con la participación además de los discípulos del profesor recordado, de otros colegas, como nosotros, quienes muchas veces hemos discrepado con ciertas manifestaciones de su pensamiento, incluso al escribir el estudio preliminar a la versión castellana de algunos

de sus trabajos editados bajo el título: "Método, fuente y lenguaje jurídicos"<sup>1</sup>.

## II. EL TEMA ELEGIDO

Dentro del amplio campo temático propuesto por la convocatoria decidimos elegir el tema por diversos motivos.

En primer lugar, para rememorar un breve pero enjundioso y sugestivo estudio de Villey: "*La philosophie du droit de Burke*", aparecido en el tomo XVI de los "*Archives de philosophie du droit*", año 1970.

En segundo lugar, para continuar la obra de Villey y reflexionar otra vez y con mayor amplitud en torno al rico pensamiento del político inglés.

En tercer lugar, por cumplirse este año el bicentenario de la Revolución francesa, acontecimiento al cual las agudas consideraciones de Burke contribuyen a poner en su lugar, pero a cuyo respecto es conveniente volver a efectuar algunas puntualizaciones para refrescar la memoria y combatir la bobería de muchos contemporáneos, algunos de los cuales rinden culto a las causas para después lamentarse de los efectos.

## III. SITUACIONES ANALOGAS

Además, antes de entrar en tema, como escribimos estas líneas en el contexto de un país demolido, no podemos resistir a la tentación de destacar una analogía de dos situaciones que responden a idénticos motores ideológicos.

"*Por sus frutos los conoceréis*", nos enseña el Evangelio. Y la enseñanza evangélica, válida para los hombres y para los gobier-

1. Ed. Gherzi, Buenos Aires, 1978.

nos, es ilustrada por un sugestivo texto de Antoine de Saint-Exupéry: "si en esta tierra y no en otra, los naranjos desarrollan sólidas raíces y se cargan de frutos, esta tierra es la verdad de los naranjos. Si esta religión, si esta cultura, si esta escala de valores, si esta forma de actividad y no tales otras, favorecen en el hombre la plenitud, descubren en él un gran señor que se ignoraba, es que esta escala de valores, esta cultura, esta forma de actividad, son la verdad del hombre"<sup>2</sup>. Burke, por su parte, aplica esta doctrina al campo político y jurídico: "los antiguos sistemas institucionales son juzgados por sus efectos. Si el pueblo es feliz, unido, rico y poderoso, presumimos lo demás. Concluimos que es bueno aquello que se deriva del bien"<sup>3</sup>.

¿Cuáles fueron los frutos de la Revolución de 1789? Napoleón los resume al hacerse cargo de la pesada herencia: "se ha destruido todo; se trata de recrear. Hay un gobierno, poderes; pero ¿qué es todo el resto de la Nación? Granos de arena"<sup>4</sup>.

Esta síntesis de Napoléon nos sirvió hace más de tres años para iniciar una conferencia en la cual, sin ser profetas sino sólo atentos observadores de la realidad que no desprecian las enseñanzas de la historia y que saben que causas similares producen similares efectos, anticiparon cual sería la situación de la Argentina al final de una triste gestión gubernativa movida por ideologismos irresponsables: granos de arena. Disolución del alma y del cuerpo de la Nación, pérdida de los valores religiosos, morales y culturales, destrucción del tejido social, comenzando por la desvalorización del matrimonio y de la familia, quiebra de la economía nacional.

2. "Terre del hommes", VIII, 1, en *Oeuvres*, Ed. Gallimard, París 1965, pág. 245.

3. "Reflexiones sobre la Revolución Francesa", en *Reflexiones sobre la Revolución Francesa y otros ensayos*, Ed. Dictio, Buenos Aires 1980, pág. 268.

4. Citado por Jean-Jacques CHEVALIER, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo hasta nuestros días*, Ed. Aguilar, Madrid 1972, pág. 191.

Los grandes destructores celebran aquí, en estos días, el bicentenario de la Revolución Francesa. Las religiones seculares, las idolatrías, se unen. Ayer y allá era el culto a una Razón endiosada. Hoy y aquí es el culto a la diosa Democracia, transformada de medio en fin, sacada del quicio temporal y relativo de un régimen político. Y en medio de las celebraciones, son los pueblos las sufrientes víctimas inmoladas de hecho a esos ídolos.

Pero sobre las ruinas hay que reconstruir. El punto de partida debe ser la verdad filosófica e histórica. Burke y Villey nos ayudarán en los límites de este trabajo.

Un texto de Burke prueba que la analogía entre las situaciones aludidas no es extrínseca ni metafórica, sino intrínseca y propia: "le dicen al pueblo para consolarlo de los harapos con que lo han vestido que es una nación de filósofos; y unas veces mediante todas las artes de la charlatanería ruidosa, la pompa, el tumulto y el bullicio, otras con alarmas de complots... tratan de ahogar los gritos de la indigencia y de apartar los ojos del observador de la ruina y el desastre del Estado... una libertad que no tiene como compañeras la prudencia y la justicia y que no lleva en su séquito la prosperidad y la abundancia será siempre, para mí, de apariencia muy equívoca"<sup>5</sup>.

Como en el orden natural existen sanciones, como premio y como castigo, toda política antinatural trae como consecuencia la desorganización de la sociedad que la padece, un segundo texto refuerza nuestra tesis: "las leyes trastornadas; los tribunales subvertidos, la industria sin vigor; el comercio expirante; los impuestos impagos, y sin embargo, el pueblo empobrecido... la anarquía civil y militar transformada en constitución del reino; todo lo divino y humano sacrificado al crédito público, y como consecuencia la bancarrota nacional"<sup>6</sup>.

5. "Reflexiones sobre la Revolución Francesa", en *Textos políticos*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1942, pág. 158.

6. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 91.



Un último texto es la definitiva prueba: también en la Francia revolucionaria se había instaurado la economía al revés; una economía centrada en el desarrollo enfermizo de su sector terciario, en especial en su ámbito financiero a costa de los sectores productivos, del campo y de la industria. La consecuencia fue matamorfosarse al país "en una gran mesa de juego, transformar a sus habitantes en una nación de tahures; hacer de la especulación algo que abarque la vida entera; mezclarla con todas sus preocupaciones... Entre vosotros, nadie puede ganar ni comprar su comida, sin una especulación. Lo que recibe a la mañana no tendrá el mismo valor a la noche... La industria deberá desaparecer. La economía será expulsada de vuestro país. La previsión cuidadosa no tendrá existencia. ¿Quién va a trabajar sin conocer el monto de su paga? ¿Quién se afanará por acrecentar lo que nadie podrá estimar? ¿Quién acumulará cuando ignore el valor de lo que ahorra?"<sup>7</sup>.

Si la inflación es una injusticia, la hiperinflación es una hiperinjusticia, un fenómeno no sólo económico, sino moral, político y jurídico, capaz de afectar todas las reglas que regulan la convivencia y merecedor de estudios interdisciplinarios que lo aborden desde distintas perspectivas.

#### IV. DOS CONCEPCIONES ACERCA DE LA REALIDAD

La doctrina política y jurídica de Burke reposa en una metafísica y en una antropología.

El punto de partida es el reconocimiento de la creaturidad del hombre; si el hombre es criatura, existe el Creador.

Pero Dios no sólo crea, sino que además se ocupa de lo creado, lo somete a su Ley; por lo cual no sólo existe la creación, sino además, un orden de la creación.

7. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., págs. 295-297.

El hombre participa de ese orden, pero no solamente en un sentido individual y fragmentario, sino también en forma colectiva, como heredero de sus antepasados y como partícipe de múltiples sociedades en el presente.

Burke venera ese orden y destaca "que la primera regla de la sociedad es la obediencia: obediencia a Dios y a las manifestaciones de la Providencia que actúa a través de procesos naturales"<sup>8</sup>.

Y esa naturaleza que el hombre recibe y que se concretiza siempre en particulares circunstancias, no puede ser transmutada por el receptor: "ningún hombre, ningún poder, ninguna función, ninguna institución artificial, pueden hacer a los hombres... distintos de como Dios y la naturaleza y la educación y sus hábitos de vida los hicieron"<sup>9</sup>.

No esperemos encontrar en Burke, escritor nada sistemático, hombre que elabora su pensamiento como respuesta a problemas que lo circundan y con los cuales se encuentra comprometido, un tratado de la ley o una definición de la ley natural; nada de eso aparecerá. Esto no significa que toda la elaboración anterior de los clásicos y de los doctores de la Iglesia se encuentre ausente; está siempre presente en los cimientos de sus propuestas y de sus elaboraciones políticas y jurídicas, fundadas en última instancia en "aquella ley inmutable y eterna en la que la voluntad y la razón son la misma cosa"<sup>10</sup>.

Fundamento teocéntrico, orden natural normativo, orden llevado a su plenitud por la religión cristiana "nuestro orgullo, nuestro consuelo y gran fuente de civilización"<sup>11</sup>.

Estos principios se encuentran en las antípodas del pensamiento de la Ilustración, una de cuyas concreciones es la Enciclopedia. Burke habla de una "camarilla literaria" que planifica "la destruc-

8. Kirk RUSSELL, *La mentalidad conservadora en Inglaterra y Estados Unidos*, Ed. Rialp, Madrid 1956, pág. 75.

9. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 93.

10. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 163.

11. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 159.

ción de la religión cristiana"; cuyo "espíritu estrecho y exclusivo no fue menos perjudicial para la literatura y el gusto que para la moral y la verdadera filosofía"; de estos "padres ateos que aprendieron a hablar contra los monjes en estilo monacal" y denuncia una gran verdad: los ideólogos revolucionarios trabajaron siempre a dos puntas, pues "para ellos era indiferente que los cambios fueran producidos por el rayo del despotismo o por el terremoto de una conmoción popular"<sup>12</sup>.

Como hemos dedicado una buena parte de nuestra tesis doctoral a demostrar el carácter antropocéntrico, que incluye el mito del progreso en fecundo connubio con la infabilidad de la razón humana, normativo, elitista y revolucionario de la Ilustración<sup>13</sup>, no nos detendremos en el tema; sólo queremos destacar la importancia que tienen los errores y las falsas doctrinas en los orígenes de los desastres políticos, pues como afirma Juan Donoso Cortés "para aquellas sociedades que abandonan el culto austero de la verdad por la idolatría del ingenio, no hay esperanza ninguna. En pos de los sofismas vienen las revoluciones y en pos de los sofistas los verdugos"<sup>14</sup>.

Burke recuerda y añora tiempos pasados que más allá de sus claroscuros se caracterizaron por su teocentrismo y su culto a la verdad, esa Edad Media durante la cual, como enseña León XIII en la encíclica *Inmortale Dei*, "la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados", esa época.

" en la que una estrella, florecida en Cruz,  
trazaba el cuadrante del Norte y del Sur.

12. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., págs. 185-187.

13. *Ideología, racionalismo y realidad*, Ed. Abeledo-Perrot, Buenos Aires 1981, págs. 83-124.

14. "Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo", en *Obras Completas*, Ed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1946, T. II, pág. 349.

Cuando se fundían Geografía y Verdad  
en una palabra, que era Cristiandad"<sup>15</sup>.

Esos siglos de cristiandad los llama Burke "la época de la caballería" y la contrapone a la suya, tiempo de sofistas, economistas y calculadores; de mercaderes ambulantes de golosinas para el alma, como los llamó Platón a los primeros; de exponentes de la quantofrenia, numerología y metromanía, como califica Pitirim Sorokin a los últimos cuando se clausuran en sus disciplinas<sup>16</sup>.

Pero esa época ha pasado, y según Burke, para siempre: "la época de la caballería ha pasado. Le ha sucedido la de los sofistas, economistas y calculadores y la gloria de Europa se ha extinguido para siempre. Nunca, nunca más contemplaremos aquella generosa lealtad al rango y al sexo, aquella orgullosa sumisión, aquella obediencia digna, aquella subordinación cordial que mantiene vivo, incluso en la peor servidumbre, el espíritu de una exaltada libertad. La gracia innata de la vida, la defensa de las naciones, la cuna de los sentimientos viriles y de las empresas heroicas ha desaparecido. Ha desaparecido aquella sensibilidad de principios, aquella castidad de honor, que sentía una mancha como si fuera una herida, que inspiraba valor a la par que mitigaba la ferocidad, que ennoblecía todo lo que tocaba y bajo la cual el vicio mismo había perdido la mitad de su maldad al perder toda su grosería"<sup>17</sup>.

No compartimos cierto pesimismo determinista del político inglés. Una cosa es la época de la caballería que ha pasado para siempre y otra es el espíritu cristiano que la inspiró. Ese espíritu puede volver a encarnarse en otro ensayo de Cristiandad, que tampoco lo agotará y entonces los hombres volverán a contemplar la lealtad, la obediencia digna, la libertad interior, la gracia de la

15. GALLARDO, Juan Luis, "Bajo un siglo ciego", en *Nueve versos, otros y otros más*, Ed. Theoría, Buenos Aires 1960.

16. *Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines*, Ed. Aguilar, Madrid 1957, págs. 158 y ss.

17. "Reflexiones...", en *Textos políticos*, ed. cit., pág. 107.



vida, la cuna de las empresas heroicas y tantos valores aletargados o despreciados en estos tiempos de apostasía.

## V. LA NATURALEZA: CRITERIO POLITICO

En política, la primera regla es "*seguir la naturaleza*". Si se viola, el poder político pierde sustento, debilita su fuerza moral y prepara su ruina. La mera obligación, la fuerza material, se agotan pronto. Por eso escribe Burke: "cuando provocáis la oposición de la naturaleza, sois imprudentes si confiáis en el deber"<sup>18</sup>.

El criterio de la naturaleza rige una política constitucional en la cual el progreso se apoya en la tradición. No hay rupturas violentas, sino desarrollo de virtualidades, eliminación de elementos caducos, corrección de injusticias concretas. El sistema inglés, según nuestro autor, sigue ese criterio: "mediante una política constitucional que funciona según el modelo de la naturaleza recibimos, mantenemos y transmitimos nuestro gobierno y nuestros privilegios, de la misma manera que gozamos y transmitimos nuestra propiedad y nuestras vidas... nuestro sistema político está colocado en justa correspondencia y simetría con el orden del universo y con el modo de existencia decretado para un cuerpo permanentemente compuesto de partes transitorias; de donde, por disposición de una estupenda sabiduría que moldea la grande y misteriosa encarnación de la raza humana, el todo no es nunca viejo, ni de edad mediana, ni joven, sino que pasa por las variadas circunstancias, manteniéndose en un estado de constancia inalterable. Así, siguiendo el método natural en la dirección del Estado, no innovamos nunca totalmente en aquello que mejoramos ni estamos por completo anticuados en lo que conservamos"<sup>19</sup>.

18. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 310.

19. "Reflexiones...", en *Textos políticos*, ed. cit., pág. 69.

## VI. LA NATURALEZA: CRITERIO LEGISLATIVO

La política se traduce en una legislación; todo legislador prudente debe estudiar la naturaleza humana y las circunstancias en las cuales esa naturaleza se concretiza; así podrá prever el futuro y proveer a su respecto.

Burke recuerda a los legisladores que moldearon las antiguas repúblicas. Ellos "sabían que su tarea era demasiado ardua para realizarla sin más aparato que la metafísica de un estudiante y la aritmética de un recaudador de contribuciones. Tenían que ocuparse de hombres y estaban obligados a estudiar la *naturaleza humana*. Tenían que tratar con ciudadanos y estaban obligados a estudiar los efectos de aquellos hábitos que son productos de las circunstancias de la vida civil. Se daban cuenta de que la acción de esta *segunda naturaleza* sobre la primera produce una nueva combinación; y de ahí surgen muchas diversidades entre los hombres, según su nacimiento, educación, profesiones, períodos de su vida, residencia en la ciudad o en el campo... en cambio... vuestros legisladores modernos... han intentado confundir toda clase de ciudadanos... en una masa homogénea... reducen los hombres a meros guarismos sueltos, únicamente para poderlos contar"<sup>20</sup>.

La justicia para ser tal debe tener en cuenta la diversidad entre los hombres, debe darle a cada uno lo suyo y no lo mismo. Los legisladores modernos racionalistas y generalizadores, tienen gran responsabilidad en la génesis de la sociedad de masas, constituida por hombres desarraigados, nivelados y amontonados.

Pero también en este proceso de masificación tiene su responsabilidad el democratismo partidocrático contra el cual protesta Pío XII: "hoy la vida de las naciones se encuentra disgregada por el culto ciego del valor numérico. El ciudadano es elector... Desde el punto de vista de los partidos, el ciudadano no cuenta más que por

20. "Reflexiones...", en *Textos políticos*, ed. cit., págs. 201-202.

su valor electoral, por el apoyo que presta su voz; de su posición y de su papel en la familia y en la profesión no se hace cuenta alguna"<sup>21</sup>.

## VII. PRINCIPIOS, CIRCUNSTANCIAS Y PRUDENCIA EN LO POLITICO

La realidad política se encuentra regida por principios, pero como esos principios se concretan siempre en determinadas circunstancias, aparece la virtud de la prudencia como el elemento clave del quehacer político pues se ocupa de los medios idóneos para encarnar los primeros en las segundas.

Afirma Burke que "son las circunstancias... las que, al distinguir su color y discernir sus efectos, dan realidad a todo principio político. Son las circunstancias las que hacen que cualquier plan político o civil sea beneficioso o perjudicial para la humanidad. Pero ¿podría yo, con sentido común, haber felicitado a Francia hace diez años por su gobierno (pues lo tenía) sin investigar cuál era la naturaleza de aquel gobierno y cómo estaba administrado? ¿Puedo felicitar ahora a la misma nación por su libertad? Por el hecho de que se pueda clasificar a la libertad en abstracto entre las bendiciones de la humanidad, ¿puedo felicitar seriamente a un loco que ha escapado de la autoridad total y la coacción protectora de su celda, por haber recobrado el goce de la luz y de la libertad? ¿He de felicitar a un bandido y asesino evadido de su prisión por haber recuperado sus derechos naturales?"<sup>22</sup>.

O sea que el juicio político requiere no sólo el estudio de los principios del orden natural sino también el de las circunstancias particulares de la sociedad; son así las circunstancias quienes nos muestran si un régimen político es beneficioso o nocivo en un

21. "Benignitas et humanitas", en *Doctrina Pontificia, Documentos Políticos*, Ed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1958, pág. 982.

22. "Reflexiones...", en *Textos políticos*, ed. cit., págs. 45-46.

momento determinado para un pueblo determinado. Esto no es ningún relativismo, sino la filosofía clásica, apoyada en el sentido común y aplicada a este tema.

Desde esa perspectiva y opuesto a la sacralización de cualquier forma política, Burke arremete contra monárquicos y democráticos que pretenden sacar sus opciones políticas del marco de las realidades contingentes: "estos antiguos fanáticos del poder personal arbitrario dogmatizaban como si las monarquías hereditarias fuesen el único gobierno legal del mundo, exactamente como nuestros nuevos fanáticos del poder popular arbitrario sostienen que la elección popular es la única fuente legal de autoridad"<sup>23</sup>.

El endiosamiento de una forma política se opone al orden natural, porque es este orden el que determina los grandes perfiles de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto y limita por lo tanto el arbitrio de monarquías y democracias. Por eso, señala el político inglés, que "allí donde los hombres siguen sus impulsos naturales, no soportarían las odiosas máximas de una política maquiavélica, sea que se la aplique para instaurar una tiranía monárquica o una tiranía democrática"<sup>24</sup>.

Ante la variabilidad y contingencia de las formas políticas, medios para alcanzar el fin de la sociedad global, que es el bien común político, aparece el relevante papel de la prudencia, la primera de las virtudes cardinales, virtud que en una de sus especies, la política, en su faz arquitectónica, se ocupa del gobierno de la multitud.

Acerca de esto escribe Burke que "si la circunspección y la cautela son componentes de la prudencia cuando trabajamos sobre materia inanimada, de seguro que aquellas condiciones se vuelven un deber también, cuando el objeto de nuestra demolición y de nuestra construcción no son el ladrillo y la madera, sino seres

23. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 74.

24. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 146.



sensibles, cuya miseria se puede provocar en multitudes por una repentina alteración de su situación, su condición y sus hábitos"<sup>25</sup>.

Pero como la prudencia no se agota en la circunspección y la cautela, también la memoria, la inteligencia del presente, la docilidad, la sagacidad, el buen uso de la razón y la providencia deben estar presentes en todo gobernante.

Como enemigo de las utopías, Burke sabe que la perfección absoluta no es de este mundo y que aquí abajo, desde Adán y Eva, existen pecados, vicios y corrupciones; se trata de no promoverlos y de estimular el bien, pero sabiendo que cierta dosis de males e injusticias deben ser toleradas, pues el intento de suprimirlos, haría desaparecer muchos bienes, como enseña Santo Tomás. Esa tolerancia, debe practicarse con dolor y no en forma cómplice y según Burke, pertenece a la prudencia: "es una parte no despreciable de la prudencia el saber que cantidad de mal debe tolerarse para no correr el riesgo, al intentar conseguir un grado de pureza impracticable en épocas de costumbres degeneradas, de que en vez de cortar las malas prácticas existentes, se puedan producir nuevas corrupciones para ocultar y asegurar las antiguas"<sup>26</sup>.

## VIII. LOS LIMITES DE LA DEMOCRACIA

Como hoy en la práctica han desaparecido los partidarios de las monarquías absolutas o de derecho divino, la cuestión se plantea con quienes convierten a la democracia en una nueva religión, árbitro supremo en el orden natural y sobrenatural y con quienes la consideran como un estilo de vida que debe regir todos los ámbitos sociales del hombre.

Contra los idólatras de una democracia sacada de su ámbito humano y temporal, urge recuperar el concepto de democracia

25. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 263.

26. "Pensamientos sobre las causas del actual descontento", en *Textos políticos*, ed. cit., pág. 283.

sacada de su ámbito humano y temporal, urge recuperar el concepto de democracia como un régimen político que sirve para designar a los gobernantes y que permite escoger a los muchos que gobiernan entre la totalidad de los ciudadanos que reúnan los requisitos exigidos por las leyes.

La democracia como régimen político recto requiere legitimidad de origen y legitimidad de ejercicio: la búsqueda del bien común político. Es importante la primera, pero lo es más la última, porque responde a un derecho humano fundamental y hoy muy olvidado: el derecho a ser bien gobernado. Porque no debemos olvidar que la democracia es una realidad humana y que todo lo humano, como señala Platón, es corruptible. La democracia es corruptible y se corrompe cuando no tiene legitimidad de origen o de ejercicio, en el último caso con un tirano de muchas cabezas que busca su interés sectorial a expensas del bien común.

Contra quienes consideran a la democracia como un estilo de vida y modelo de toda forma de convivencia social, urge restringirla a la esfera política y no permitir que se extienda a la familia, a la escuela, a la universidad, a la empresa, a la magistratura, al ejército, a la Iglesia, para no contribuir a disolverlas. Burke ejemplifica con la democracia castrense: ella "destruyó el principio de obediencia en el grande, esencial y peligroso eslabón entre el oficial y el soldado, justo aquél donde la cadena de la subordinación militar empieza, y del cual depende todo el sistema. Se le dice al soldado que es un ciudadano y que tiene los derechos del hombre y del ciudadano. Se le dice que el derecho del hombre es gobernarse a sí mismo, y ser gobernado únicamente por aquellos en quienes él delega ese gobierno propio... esta elección de comandante en jefe es una parte de los derechos del hombre" y así existirán "jueces electivos, curas electivos, obispos electivos... y comandantes electivos del ejército de París"<sup>27</sup>.

27. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., págs. 332-333.

Esta democracia universal la califica Ortega como "el más peligroso morbo que puede padecer una sociedad". Este morbo es "la democracia exasperada y fuera de sí, la democracia en religión o en arte, la democracia en el pensamiento y en el gesto, la democracia en el corazón y en la costumbre"<sup>28</sup>.

Enemigo de la democracia ilimitada al igual que del absolutismo monárquico, Burke no lo es de la participación democrática en un régimen mixto y tampoco de la república o democracia clásica o limitada, la "sana democracia" a la cual se refiere Pío XII en su famoso radiomensaje de Navidad de 1944, régimen que puede ser conveniente atento a circunstancias de tiempo y lugar, y menos, enemigo del pueblo, al que aspira a servir sin idolatrarlo ni adularlo. Así, escribe con sensatez: "no soy de los que creen que el pueblo no se equivoca nunca. Lo ha hecho muchas veces... Lo que sí digo es que en todas las disputas entre el pueblo y sus gobernantes las presunciones están por lo menos a la par en favor del pueblo... cuando el descontento popular ha prevalecido mucho, puede afirmarse y sostenerse de modo general que se ha echado de menos algo en la constitución o en la conducta de los gobernantes. El pueblo no tiene interés en el desorden"<sup>29</sup>.

## IX. EL ORDEN DE LOS AFECTOS EN UNA SOCIEDAD ORGANICA

El pensamiento de Burke no es, como el de los exponentes de la Ilustración, una árida construcción intelectual. Valoriza los lazos afectivos que desde la familia unen al hombre con sus antepasados. La tradición, la geografía, los contornos institucionales, educativos, profesionales, forman y potencializan al hombre civilizado y lo distinguen de un bárbaro o de un salvaje.

28. *El espectador*, Madrid 1917, nº 2, pág. 16.

29. "Pensamientos...", en *Textos políticos*, ed. cit., pág. 263.

El orden del amor es el de la proximidad. Empieza por lo más cercano y se desarrolla en forma gradual en círculos más amplios; gana en amplitud, pero pierde en intensidad. Así escribe Burke: "empezamos nuestros afectos públicos en nuestras familias. Ninguna persona que es fría con sus parientes es celoso ciudadano. Pasamos de allí a nuestro vecindario y a nuestras habituales relaciones provinciales. Estos son posadas y lugares de reposo... El amor al conjunto no se extingue con estas parcialidades subordinadas"<sup>30</sup>.

En momentos en los cuales Francia alardea de una "política geométrica" que intenta suprimir las grandes regiones geográficas, junto con el resto de las estructuras intermedias y corporativas, Burke reivindica el federalismo y una sociedad global estructurada desde los grupos menores.

Esta organicidad social permite el normal despliegue de los afectos y garantiza autonomías y libertades; al respecto Burke pone el ejemplo de su país: "en Inglaterra no nos hemos vaciado aún de nuestras entrañas... conservamos aún vivos y complejos la totalidad de nuestros sentimientos, sin que la pedantería y la infidelidad los hayan adulterado... Tememos a Dios, miramos con veneración a los reyes, con afecto a los parlamentos, con sumisión a los magistrados, con reverencia a los sacerdotes y con respeto a la nobleza. ¿Por qué? Porque cuando tales ideas aparecen en nuestras mentes es natural que nos afectemos así; porque todos los demás sentimientos son falsos y espúreos, y tienden a corromper nuestras inteligencias, viciar fundamentalmente nuestra moral, hacernos ineptos para la libertad natural y enseñarnos una insolencia servil, licenciosa y descuidada que nos sirva de diversión para unos pocos días feriados, haciéndonos perfectamente aptos para la esclavitud y merecedores de ella todo el resto de nuestras vidas"<sup>31</sup>.

30. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 302.

31. "Reflexiones...", en *Textos políticos*, ed. cit., pág. 116.



Veneración, afecto, sumisión, reverencia, respeto, en el orden de las relaciones humanas muestra una doctrina política que es la antítesis de la soberbia revolucionaria, eco de la preocupación de Juan Jacobo Rousseau de no obedecer más que a sí mismo; pero el temor de Dios colocado ante todo es una enseñanza para muchos cristianos de hoy, quienes parecen olvidar, que entendido como temor filial, siempre es un don del Espíritu Santo.

El reconocimiento que hace el político inglés de las raíces existenciales históricas y sagradas que nutren al hombre y le posibilitan crecer enmarcado y protegido por sus comunidades más próximas, la ubicación del hombre civilizado que nace beneficiario de una rica herencia y gravado por deberes hacia ella, mueve al escritor boliviano Jorge Siles Salinas a vincularlo con Saint-Exupéry: "el pensamiento de Burke, contemplado desde esta perspectiva, no difiere por cierto, de la apología del sentimiento comunitario que en nuestro tiempo ha desarrollado de un modo tan noble y entrañable Antoine de Saint-Exupéry; las ideas de este admirable poeta de la intimidad y de la fidelidad humanas están anticipadas ciertamente en muchos pasajes de Burke en que también se exaltan los lazos afectivos que establecen una comunión —por la veneración y el sacrificio— en los grupos humanos formados por la sangre, por la historia y por el ideal"<sup>32</sup>.

## X. LA HERENCIA OBLIGA

La herencia obliga, ante todo, a tenerla en cuenta. Es un dato del pasado, que influye en el presente y condiciona el futuro. Burke no duda en reivindicarla, en hacer "derivar todo lo que poseemos de la *herencia de nuestros antepasados*. Hemos tenido cuidado de no implantar en ese cuerpo y en ese tronco de la herencia ningún injerto ajeno a la naturaleza de la planta original... Todas las

32. *Ante la historia*, Ed. Nacional, Madrid 1969, pág. 157.

reformas hechas hasta ahora se llevaron de acuerdo al principio de reverencia a la antigüedad; y ...estoy convencido de que todas las que puedan realizarse en adelante respetarán con cuidado el precedente analógico, la autoridad y el ejemplo"<sup>33</sup>.

Todo lo contrario es la actitud de los revolucionarios. Su pretensión es hacer tabla rasa con un pasado odioso y detestable y empezar a partir de una naturaleza desnuda. Iniciar "un comercio sin capital".

Burke censura esta actitud vanidosa: "comenzásteis mal porque empezásteis por despreciar todo lo que os pertenecía. Iniciasteis vuestro comercio sin capital. Si las últimas generaciones de vuestros antepasados os parecían carentes de lustre, podíais haberlas pasado por alto y hacer derivar vuestras pretensiones de antepasados más remotos... respetando a vuestros antepasados habríais aprendido a respetaros a vosotros mismos. No habríais preferido considerar al pueblo francés como una nación de gentes serviles de baja extracción hasta el año emancipador de 1789. No os habríais alegrado de representaros a vosotros mismos como una banda de esclavos cimarrones... a la que hay que perdonar... el abuso de una libertad a la que... no estaban acostumbrados"<sup>34</sup>.

El político inglés no desprecia nada de la herencia; ni siquiera los prejuicios que generalmente ayudan al hombre a ubicarse ante las realidades sociales y políticas; pero tampoco les rinde culto, ya que es tarea de la razón también progresar en este campo y rectificar los errores que ellos puedan contener, como cuando, por ejemplo, con relación a uno de ellos, afirma: "este prejuicio debe ser corregido por un modo de pensar más maduro"<sup>35</sup>.

33. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 81.

34. "Reflexiones...", en *Textos políticos*, ed. cit., pág. 71.

35. Citado por Julio IRAZUSTA en el estudio preliminar a "Reflexiones...", en *Reflexiones...*, ed. cit., pág. 29.

## XI. BURKE Y LA CAUSA DE LOS COLONOS DE AMERICA

La crítica a la Revolución Francesa es, en los fundamental, una crítica a su desmesura, a su despotismo reaccionalista, a las injusticias concretas que jalonan su desarrollo. Burke tiene autoridad moral para formularlas porque en su trayectoria política se bate reiteradamente en defensa de causas justas, enfrentando otras desmesuras y despotismos.

Así, sostiene la causa de los colonos de América contra la metrópoli y defiende sus libertades concretas; cuando se trata el problema de la conciliación entre Inglaterra y sus colonias intenta hacer entender a la Cámara de los Comunes que se debía alcanzar una paz con América, en la cual se tuvieran en cuenta las especiales circunstancias del imperio y del mundo americano.

Su proposición es la paz y la reconciliación, considerando los intereses comunes: "lo que propongo es dar a vuestro pueblo satisfacción permante, eliminando la causa de las diferencias y restaurando la confianza sin reservas, antes existente, de las colonias en la madre patria; y lejos de gobernar mediante la discordia, reconciliarlas a la vez entre sí, por medio del mismo interés que las reconcilie con el gobierno británico".

América queda lejos y la separa un océano. Los temas que se tratan se refieren a las concesiones a otorgar a los americanos.

El triunfo militar no resuelve la cuestión pues "Querámoslo o no, después de toda la lucha, debemos de gobernar a América de acuerdo con esa naturaleza y circunstancias y no con arreglo a nuestra imaginación ni a ideas abstractas de justicia... El uso de la fuerza no es sino temporal. Puede subyugar por un momento, pero ello no elimina la necesidad de volver a subyugar; y una nación que hay que conquistar perpetuamente, no es una nación a la que se gobierna".

Aquí Burke reitera en primer lugar algo que siempre tiene presente en su pensamiento: para gobernar con prudencia hay que atenerse a los principios y tener en cuenta las circunstancias; pero

también agrega en segundo lugar una enseñanza importante: el recurso coactivo es momentáneo; la fuerza que pretende convertirse en instrumento normal de gobierno se transforma en opresión.

Además, la distancia debilita la autoridad: "en los cuerpos más grandes, la circulación del poder tiene que ser menos vigorosa en las extremidades. La naturaleza lo ha dispuesto así. El Turco no puede gobernar Egipto y la Arabia y el Kurdestán como gobierna la Tracia y no tiene el mismo dominio sobre Crimea y Argel que sobre Esmirna. El despotismo se ve obligado a regatear y hacer concesiones... Esta es la condición inmutable, la ley eterna de los imperios extensos y cuyas partes están muy alejadas unas de otras". Y respecto a América demás se encuentra "el océano. No podéis bombarlo hasta dejarlo seco; y mientras continúe ocupando su lecho actual, continuarán todas las causas que debilitan la autoridad a causa de la distancia"<sup>36</sup>.

Burke condena la trata de esclavos. Pero en esos momentos se propone una inmoralidad más en la Cámara de los Comunes: conceder la libertad a los esclavos para que lucharan contra los colonos americanos: los mismos tratantes por cuestiones de baja política eran quienes prometían la libertad a los esclavos. Y esos esclavos, se pregunta, "¿no sospecharán un poco ante la oferta de libertad procedente de la Nación que les ha vendido a sus actuales amos? Sería bastante singular una oferta de libertad que llegase de Inglaterra a bordo de un barco africano al que se niega la entrada a los puertos de Virginia o Carolina, con una carga de trescientos negros de Angola. Sería curioso ver al capitán de Guinea tratando de publicar su proclamación de libertad y de anunciar, a la vez, su venta de esclavos"<sup>37</sup>.

Burke denuncia los errores cometidos por la metrópoli, busca conciliar la libertad fiscal de los americanos con los derechos

36. "Discurso sobre la conciliación con América", en *Textos Políticos*, ed. cit., págs. 317-320 y 325 y ss.

37. "Discurso sobre la conciliación con América", en *Textos Políticos*, ed. cit., págs. 330-331.



impositivos de la corona y es partidario de aceptar los privilegios reclamados por los colonos para conservar la integridad del Imperio. Fracasó en su empresa. Sin embargo, sus discursos en esos momentos son, según Julio Irazusta, "una especie de manual del político inglés. Pues si ellos no impidieron que se perdiera un jirón del Imperio, servirían después para conservar el resto y acrecentarlo"<sup>38</sup>.

## XII. LOS PROBLEMAS DE LA INDIA

La India era víctima de la colonización británica y sus pobladores nativos explotados por la Compañía de las Indias Orientales.

Burke pronuncia dos discursos acerca de los problemas hindúes. En uno de ellos, compara la Carta Magna de Inglaterra con la Carta de la Compañía de las Indias Orientales. Si la primera había servido "para restringir el poder y destruir el monopolio, la Carta de la Compañía es una carta para establecer un monopolio y crear un poder". Los derechos surgidos de la Carta "suspenden por lo menos los *derechos naturales de la humanidad*". Admite las pretensiones de la Compañía al monopolio comercial, a la administración de una enorme renta territorial, a mandar un ejército de sesenta mil hombres y a "disponer (bajo el control del soberano, la discreción imperial y con la debida observancia de la *ley natural* y la local) de las vidas y fortunas de treinta millones de seres humanos". Pero concedido todo esto, exige que le concedan, "que siendo todo poder político establecido sobre hombres... debe, de un modo u otro, ejercitarse en último término, en beneficio de aquellos".

Inglaterra ha instaurado en la India una enorme y tiránica factoría; viola en forma cotidiana la ley natural que exige un buen gobierno y el respeto a la reciprocidad en los cambios y la desvasta

38. Estudio preliminar citado, pág. 25.

bajo la máscara de una amistosa tutela: "bajo el régimen inglés todo... ha sido subvertido. La invasión tártara fue mala; pero es nuestra protección la que está destruyendo a la India. Aquella era enemistad; ésta nuestra amistad".

Los hindúes desean que los dejen de ayudar, porque "cada rupia de beneficio lograda por un inglés es una rupia perdida definitivamente para la India... Nuestro orgullo no levanta monumentos que reparen los daños por él producidos y que adornen al país, aunque sea a costa de sus despojos. Inglaterra no ha erigido iglesias, ni hospitales, ni palacios, ni escuelas; Inglaterra no ha construido puentes, ni ha hecho carreteras, ni abierto canales... Cualquier otro conquistador de cualquier clase hubiera dejado tras sí algún monumento estatal o de beneficencia. Si se nos expulsase hoy de la India, no quedaría nada que recordase que ese país había sido poseído durante el período nada glorioso de nuestra dominación por alguien mejor que el tigre o el orangután".

El gobierno de la India estaba a cargo de hombres muy jóvenes e inexpertos, sin arraigo en el lugar, sin educación de la prudencia, sin capacidad para ponderar las consecuencias de su conducta pública, quienes a través de su gestión, arruinan a los hindúes y se corrompen a sí mismos. Burke protesta contra esta política: "los muchachos que enviamos a la India no son peores que los que azotamos en las escuelas o los vemos sirviendo como soldados o encorvados sobre una mesa en Inglaterra. Pero como la juventud inglesa en la India bebe el licor embriagador de la autoridad y el dominio antes de que sus cabezas sean capaces de soportarlo y como sus fortunas crecen antes de que estén maduros sus principios, ni la naturaleza ni la razón tienen oportunidad de poner remedio a los excesos de su prematuro poder"<sup>39</sup>.

También afirma que si para corregir el sistema de opresión y tiranía es preciso aumentar la influencia de la corona, está dis-

39. "Discurso del 1º diciembre de 1783", en *Textos políticos*, ed. cit., pág. 355.

puesto para colaborar en restaurarla, del mismo modo como en otras oportunidades luchó por reducirla.

En un segundo discurso se queja por la falta de examen de las conductas de los gobernantes, de lo que fueron, apuntamos nosotros, el "juicio de residencia" y las "visitas" en la hoy denigrada colonización española, respecto a gobiernos pasados y presentes respectivamente. Y ante la posible derrota de la causa de la justicia, compromete su esfuerzo futuro, pues "quienquiera que en cualquier momento traiga otra vez ante vosotros algo encaminado a ayudar a nuestros desgraciados conciudadanos de la India y a la subversión de su actual sistema opresor y corruptísimo de gobierno, encontrará en mí un colaborador desgraciadamente escaso de fuerzas, pero firme, perseverante y fiel"<sup>40</sup>.

### XIII. BURKE Y VILLEY

Pero Burke no se preocupó solamente por los derechos de los americanos y de los hindúes. Los derechos de los ingleses, ante todo, pero también los derechos de los católicos irlandeses, de los sectores más pobres de la sociedad, de los negros, fueron objeto de sus desvelos.

Este luchador por las libertades propias y ajenas se convertirá en crítico severo y enconado adversario de la ideología y de las concreciones políticas de la Revolución Francesa; del racionalismo y de los derechos del hombre y del ciudadano; de la ilustración y del constitucionalismo moderno.

¿Por qué? Porque se trata de cosas distintas: tradicionales y saludables para los hombres las primeras; revolucionarias y nocivas como venenos, las últimas.

40. "Discurso del 28 de febrero de 1785", en *Textos políticos*, ed. cit., págs. 359-360.

Villey encuentra en Burke lo más representativo del pensamiento jurídico inglés, fiel no sólo al espíritu del derecho de su pueblo, sino incluso al espíritu de los juristas romanos. Un hombre que vive la tradición de la filosofía perenne y que la hace revivir en las nuevas circunstancias. Un exponente de la filosofía auténtica del derecho natural.

Otros autores lo ubican como reaccionario, Brimo como racionalista, para otros es relativista, positivista, empirista, precursor del sociologismo, etc., tal vez porque sea difícil de etiquetar.

Pero no es un reaccionario, porque no se opone a los cambios, ni convierte a la tradición en algo petrificado, sino que la reivindica en su auténtico sentido vivo, como germen del progreso.

No es racionalista, pues no construye el derecho sobre la razón o sobre la esencia del hombre, sino que lo extrae de la realidad; la razón discierne en el orden natural que Dios ha creado y en el orden que los siglos han determinado.

Tampoco es positivista, relativista o sociologista: examina los hechos históricos pero no se acomoda servilmente a ellos. Si fuera positivista no hubiera denunciado que en la India se violaban los derechos naturales de la humanidad ni hubiera hablado de una tiranía que no respetaba la ley natural.

Burke respeta a la naturaleza, a la tradición y a los sentimientos de su pueblo; utiliza a la razón como instrumento de búsqueda y de control y como bien sintetiza Villey mantiene "no la letra, sino el espíritu de la doctrina del derecho natural, enriqueciéndola con nuevos contenidos, insuflándole una forma nueva, una vestidura apropiada al mundo moderno en el cual vivimos"<sup>41</sup>.

41. "La philosophie du droit de Burke", *Archives de Philosophie du Droit*, Ed. Sirey, París 1970, pág. 110.



#### XIV. LA CRITICA A LOS DERECHOS DEL HOMBRE

¿Qué es la Revolución? Para Burke es el reinado de la hipocresía, signado por una degradación moral que consiste en la pérdida de las virtudes reales y concretas sustituidas por palabras grandilocuentes. El culto a la Humanidad dispensa del amor al prójimo: "su Humanidad, es como el horizonte, siempre huye más lejos"; esta Humanidad sin proximidad, "es el signo de un desorden del espíritu".

Villey señala que Burke, antes que Marx, denunció el sentido real de la Revolución. Bajo la máscara de bellas ideologías, "ella se resume en las conquistas materiales de la burguesía, de los capitalistas detentadores de la fortuna mobiliaria, que han logrado apoderarse de las posesiones inmobiliarias de la antigua aristocracia (explotación de los bienes del clero, expropiación de los nobles, supresión de los derechos feudales)"<sup>42</sup>. Los capitalistas se aliaron con los "filósofos" y hombres de letras, antes pensionados de las monarquías absolutas, ahora asalariados de los poderosos financieros.

Según Villey, la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano es la "bestia negra" de Burke.

Esta carta revolucionaria participa de una concepción errónea del derecho, fundada en una falsa filosofía, la filosofía "moderna" de raíz cartesiana. Una filosofía, cuyo punto de partida no es el asombro del hombre ante el cosmos seguido de una observación circunspecta de la realidad, sino ideas "claras y distintas" elaboradas a partir del sueño de Descartes.

En una de las vías abiertas por la filosofía "moderna", Hobbes edifica su política, sobre una idea "clara y distinta" que es la "del hombre aislado en el estado de naturaleza, de un hombre que vivía excluido de todos los lazos sociales como Robinson en su isla. Y de esta idea simple, él deduce la libertad del individuo en el estado

42. "La philosophie...", art. cit., pág. 101.

de naturaleza, la figura del derecho subjetivo"<sup>43</sup>. Este es el basamento político-jurídico de los derechos del hombre.

El derecho, que en la concepción clásica era una participación justa de hombres concretos en el bien común de una sociedad, un término rico en analogados que giraban en torno al eje del derecho como lo justo, cambia de sentido y a partir del nominalismo, de cierta escolástica tardía y fundamentalmente después de Hobbes, se configura desde el derecho como poder convertido en la acepción más importante, o sea el derecho subjetivo a partir del cual se edificará todo el sistema jurídico.

Pero los revolucionarios, afirma Villey, son peores que Hobbes, pues ésta sabía que "el estado de naturaleza no era más que una hipótesis y que nosotros estábamos obligados a salir de ella, a abdicar en el estado civil esas libertades ilimitadas"; en cambio los "filósofos" revolucionarios "han olvidado que los pretendidos derechos del estado de naturaleza, contruidos en la ficción, el sueño de las Robinsonadas, no pueden tal cuales ser atribuidos al hombre real en sociedad"<sup>44</sup>.

O sea que se creen que esas fantasías eran realidad; olvidan que esas Robisnonadas eran sueños y que el único hombre real que existe es el hombre que nace y vive en sociedad, respecto al cual no se puede legislar con sensatez sin atender a las circunstancias.

Burke acusa a los derechos del hombre de "metafísicos"; metafísica en su lenguaje, según Villey, es "abstracción". Aquí cabe aclarar que Burke se refiere a la "metafísica" moderna, equivalente no a la abstracción sino a sus abusos, a eso que Gabriel Marcel denomina el "espíritu de abstracción". El no advertir esto tal vez sea el motivo que llevó a algún autor a catalogarlo de "empirista".

Desde el punto de vista de la doctrina, los derechos del hombre entendidos en sentido revolucionario, constituyen para Villey "una

43. "La philosophie...", art. cit., págs. 102-103.

44. "La philosophie...", art. cit., pág. 103.

perversión del espíritu jurídico" y desde el punto de vista práctico "una impostura", pues han servido de cobertura a su propia violación: "la pretendida democracia disfraza la dictadura de los clubs o grupos de activistas. La afirmación del carácter sagrado de la propiedad disfraza la expoliación de clérigos y de emigrados. Al mismo tiempo que se proclama el derecho de cada uno de no ser condenado sino por un procedimiento regular y la libertad de pensamiento, desfilan sobre las picas, bajo las ventanas de la Constituyente, las cabezas de las personas abatidas sin ninguna forma de procedimiento por haber cometido el error de pensar mal"<sup>45</sup>.

## XV. LOS DERECHOS DEL HOMBRE CONCRETO

A los derechos revolucionarios, derechos de un hombre abstracto, derechos permanentemente negados por la guillotina que no se detiene ante la ciencia (Lavoisier), la poesía (Chénier) o la santidad (los mártires de Angers y tantos otros), Burke opone derechos concretos, derechos del hombre enmarcados en la tradición de su país, en su caso, las libertades del pueblo inglés.

Y está convencido de que en esta materia no tiene el pensamiento político inglés que recibir lecciones del continente. Pero como los derechos concretos difieren mucho de los abstractos, Villey analiza determinadas características que sirven para compararlos.

A) ante todo, las *fuentes*. "Los derechos de los cuales gozan los ingleses no son *deducidos* de principios abstractos. Ellos son '*heredados*', acrecentados en el curso de los siglos... y conservados de padres a hijos; a veces inscritos en las cartas, al filo de la

45. "La philosophie...", art. cit., pág. 103.

historia; y '*prescriptos*'. Su antigüedad nos garantiza su razón de ser"<sup>46</sup>.

Burke se refiere a la *Petición de derechos* que reclama franquicias "como los derechos de los ingleses y como un patrimonio recibido de sus antepasados". Quienes redactaron esta petición "prefirieron ese título positivo, registrado y *hereditario*, a todo aquello que puede ser caro al hombre y al ciudadano, a ese vago derecho especulativo que exponía su herencia segura a ser disputada y a quedar despedazada por cualquier exaltado espíritu litigioso". Las libertades se reclaman y afirman como una "*herencia vinculada*" para ser transmitida a la posteridad. Pondera las ventajas de considerar las libertades a la luz de la herencia: "esta idea de descender de señores, nos inspira un sentido habitual de dignidad nativa... nuestra libertad se vuelve una noble libertad... tiene antecedentes e ilustres antecesores. Tiene escudo y armas y blasones; su galería de retratos, sus inscripciones en los monumentos, sus registros, sus pruebas y sus títulos"<sup>47</sup>.

B) Luego, en cuanto a su *contenido*, los derechos concretos no son absolutos. Nadie pretende un derecho a todo, como el hombre natural de Hobbes, pues como anota Burke "por tener derecho a todo, se carece de todo"<sup>48</sup>.

Estos derechos de los ingleses "son más modestos, se encuadran en el justo medio, como lo enseña Aristóteles; ellos no incluyen, con seguridad, el derecho de demoler el Estado, ni de obrar contra la razón y la naturaleza"<sup>49</sup>. Ellos son *limitados*, pues viviendo en un grupo político cada uno tiene derecho a una parte y no a todo; son *diversos*, pues tienen en cuenta las condiciones y situación social de cada uno; *aparecen junto con deberes y cargas*; así, la patria potestad obliga a alimentar y educar a los hijos.

46. "La philosophie...", art. cit., pág. 104.

47. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., págs. 82-86.

48. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 118.

49. "La philosophie...", art. cit., pág. 104.



Un buen ejemplo de los deberes que gravan los derechos es el discurso de Burke a sus electores de Bristol: "la felicidad y la gloria de un representante, deben consistir en vivir en la unión más estrecha, la correspondencia más íntima y una comunicación sin reserva con sus electores. Sus deseos deben para él tener gran peso, su opinión máximo respeto, sus asuntos una atención incesante. Es su *deber* sacrificar su reposo, sus placeres y sus satisfacciones a las de aquellos; y sobre todo, preferir siempre y en todas las ocasiones el interés de ellos al suyo propio"<sup>50</sup>.

C) Finalmente, en cuanto a su alcance, los derechos concretos son *diversos*, porque en su concreción siempre hay que tener en cuenta las circunstancias de tiempo y lugar. Los derechos de los ingleses de la época no eran idénticos a los de los colonos americanos, los irlandeses o los hindúes, ni podían serlo por la diversidad de circunstancias. Pero esa diversidad no debe llevarnos a la conclusión que no existieran derechos para algunos de ellos. Todos tenían derechos concretos pero diversos, atento a las circunstancias, derechos que Burke no duda en defender. Más sencillo le hubiera sido proclamar en universal y abstracto derechos universales utópicos; pero también más ineficaz, pues como bien señala Villey "si nosotros queremos verdaderamente defender los derechos de los oprimidos, mejor no fundarlos sobre esta noción metafísica (los derechos del hombre), sino analizar su contenido preciso según las circunstancias"<sup>51</sup>.

## XVI. EL CONTEXTO POLITICO DE LOS REALES DERECHOS DEL HOMBRE

Burke utiliza términos caros a su siglo (contrato social, derechos del hombre) con un contenido distinto al revolucionario. Así

50. "Discurso a los electores de Bristol", en *Textos políticos*, ed. cit., págs. 312-313.

51. "La philosophie...", art. cit., pág. 106.

su contrato social une entre sí a las generaciones, "es una sociedad entre los vivos, los muertos y los que están por nacer" y no es más que una cláusula del gran contrato que conecta "el mundo visible con el invisible"<sup>52</sup>.

Esos lazos históricos, justo a las auténticas jerarquías sociales son las ataduras que impiden que los miembros de una sociedad se transformen en una muchedumbre de hombres sueltos, fáciles de someter. Burke se refiere a la ruptura de estos lazos, obra del conquistador bárbaro, cuya política consistía "en destruir todos los vestigios del antiguo país, en la religión, en la política, en las leyes y en las costumbres; en confundir los límites territoriales; en producir una pobreza general; en hacer agachar la cabeza a todos los que la tenían por encima del nivel común o podían servir de punto de mira para reunir a un pueblo disperso en desgracia"<sup>53</sup>. Razonable desde la perspectiva del conquistador bárbaro, hoy esta política es aplicada en muchos lugares del globo por gobernantes vernáculos que pretenden destruir el rostro de sus países e inaugurar una nueva esclavitud.

Pero la política de tierra arrasada también exige romper con las jerarquías y vínculos sociales tradicionales. Aquí la tarea de los "niveladores" revolucionarios consiste en establecer una nueva pirámide social en cuya cúspide se encaraman quienes carecen de idoneidad para el gobierno y constituyen un pesado lastre para el resto del conjunto. Como señala Burke "en todas las sociedades compuestas por diversos sectores de ciudadanos, algún grupo debe quedar arriba. Por lo tanto los niveladores sólo cambian y pervierten el *orden natural* de las cosas; recargan el edificio social, poniendo en el aire lo que la solidez de la estructura requiere que esté en tierra"<sup>54</sup>.

Para esa sociedad integrada, con identidad histórica y auténtica jerarquía social Burke preconiza una política y una legislación, en

52. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 167.

53. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 282.

54. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., pág. 104.

las cuales la prudencia, como virtud intelectual tiene un papel clave, pues para él "son problemas de razón y juicio" y no de voluntad.

Como "la naturaleza del hombre es intrincada", esa inteligencia debe estudiar las circunstancias y dar a luz la mejor legislación posible, sabiendo que la ley es un medio para lograr una mejor y más justa convivencia entre hombres y grupos, de acuerdo a la enseñanza evangélica: no es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre. Por eso sostiene Burke: "*los planes deben ser hechos para los hombres. No podemos pensar en hacer a los hombres para nuestros proyectos, y en sujetar a éstos la naturaleza...* Los políticos orientales nunca hacen nada sin la opinión de los astrólogos sobre el *momento propicio*... Los estadistas de previsión más racional también buscan el momento propicio; pero no en las conjunciones y oposiciones de los planetas, sino en las conjunciones y oposiciones de hombres y cosas. Estas últimas forman su *almanaque astral*"<sup>55</sup>.

En este contexto Burke también recoge la terminología de su tiempo y habla de "los reales derechos del hombre" que distingue de las huecas reclamaciones de derechos. Como la sociedad está hecha para beneficio del hombre y "el gobierno es un invento de la sabiduría humana para proveer a las *necesidades* humanas, los hombres tienen derecho a que tales necesidades o carencias sean provistas por aquella sabiduría"; como ejemplo de derechos podemos señalar: a los frutos de su industria y a los medios de hacerla fructífera; a las adquisiciones de sus progenitores, a la alimentación y progreso de su descendencia, a la educación ... Pero lo importante no es proclamar un derecho en abstracto, sino satisfacer las necesidades que contienen los derechos concretos; y por eso se pregunta "¿de qué sirve discutir el derecho abstracto de un hombre a tener alimentos y medicamentos? La cuestión está en

55. "Carta a un miembro de la Asamblea Nacional", en *Reflexiones...*, ed. cit. pág. 414.

el método para obtenerlos y administrarlos. En tal deliberación siempre aconsejaré recurrir a la ayuda del chacarero y del médico, antes que a la del profesor de metafísica"<sup>56</sup>.

## XVII. CONCLUSIONES

En medio de tanta inflación de palabras divorciadas de las cosas, de tanta retórica sin sustancia, de tanta esterilidad que se cobija hoy bajo el nombre de filosofía, el legado de Burke y el de Villey sirven para airear un ambiente envilecido e irrespirable.

Ambos se dirigen a las cosas y usan el lenguaje como una herramienta para mostrarlas y conectarse con ellas.

Ambos son hombre libres, preocupados por la verdad y el bien y no por el aplauso, el triunfo o el éxito académico o mundano. Por eso son "hombres mojones" firmes en sus raíces y no "hombres veletas" que giran a merced de los vientos, de las modas o de las situaciones.

Ambos encarnan la "*humanitas*", esa virtud heredada de los juristas romanos, a cuyo espíritu guardan estricta fidelidad.

Ambos son hombres constructivos e integradores que buscan armonizar la autoridad con las libertades, el derecho natural con el derecho positivo, el poder con el deber.

Finalmente, hacemos nuestra la última conclusión de Villey en su artículo dedicado a estudiar el pensamiento del político inglés: "hay más experiencia filosófica en las Reflexiones de Burke que en la escuela contemporánea de análisis del lenguaje".

56. "Reflexiones...", en *Reflexiones*, ed. cit., págs. 117-120.